



## Facultad de Ciencias Sociales

### Departamento de Ciencias de la Comunicación

#### **‘Aprender’ o ‘construir conocimiento’. El trabajo como excusa”**

El conocimiento no se adquiere por el aprendizaje; no se recibe; se construye. La cuestión es cómo.

Las respuestas podrían ser muchas y variadas. Seguramente estarían sustentadas por las muchas y variadas teorías pedagógicas desarrolladas a lo largo de la historia. Sin embargo, pese a las distintas propuestas a las que refiero, seguimos insistiendo en un modelo de tipo bancario en el que los contenidos (entendidos como conocimientos) se “depositan” en los cerebros (todos distintos) de los “aprendientes” conformando un “capital” que pretende ser el valor que nos forma; el bien intelectual que nos constituye; nuestra “creencia” de conocimiento.

Si los resultados –desde ambas partes: enseñante/aprendiente– no son los esperados, inmediatamente se señalan el pasado, desde el segundo, y el presente, desde el primero. El presente representado por el docente de ocasión; el pasado, representado por “la escuela” en los distintos niveles del sistema.

Este último señalamiento no considera que la educación sea una tarea plural con muchos involucrados (incluido el aprendiente) tales como la familia, las instituciones religiosas, las instituciones sociales (clubes, ateneos, agrupaciones políticas), los medios de comunicación, etc. etc. y, por supuesto la escuela. Al margen del tiempo que la escuela (me refiero a cualquier institución educativa) demanda (entre 5 y 7 horas diarias según el nivel de compromiso de los involucrados), está investida de una carga simbólica que, supuestamente entraña valores que suelen “exceder” los fines funciones y objetivos que le dieron existencia “allá lejos y hace tiempo”.

La escuela es una “usina” ideológica que ha perdurado en el tiempo sosteniendo valores impuestos de antaño por quienes pensaron una educación para ciertos y determinados fines. *“Los años escolares son temidos por todos aquellos que pretenden perpetuar el viejo mundo como por quienes tienen una idea clara de cómo debería ser un mundo nuevo o un mundo futuro. Esto es especialmente cierto para los que quieren utilizar a la generación más joven para mantener el viejo mundo a flote o para los que pretenden utilizarla para traer un nuevo mundo a la existencia”* (Simons y Masschelein, 2014). En sus orígenes griegos la escuela tuvo la virtud de hacer innecesaria la consideración de las diferencias de raza, naturaleza y origen ligadas, desde mucho antes a las ocupaciones de labrar la tierra, hacer negocios y estudiaren. *“La invención de la escuela puede describirse como la democratización del tiempo libre”* (Simons y Masschelein, 2014). También se la odió por eso y se sospechó de su carácter revolucionario (en el sentido de innovador), y, por supuesto, se la desvinculó totalmente de su relación con el tiempo libre (la traducción más común de la palabra griega *scholè*).

Son muchos los que sostienen que, en tanto institución, la escuela debería ser una extensión de la familia; y otra variante de la domesticación afirma que la escuela debería ser funcional a la sociedad,



ser meritocrática en sus procesos de selección y, por tanto, reforzar el mercado laboral y producir buenos ciudadanos (Simons y Masschelein, 2014).

Una escuela (valorada, por cierto) es la que crea igualdad precisamente en la medida que produce tiempo libre, es decir, en la medida que logra suspender o postergar temporalmente el pasado y el futuro creando así una brecha en el tiempo lineal. Pero no solo es la interrupción temporal; también es la eliminación de cualquier tipo de expectativas, exigencias, papeles y deberes conectados a un espacio determinado fuera de la escuela. En este sentido el espacio escolar es abierto y no fijado. No es de paso o de transición; ni de iniciación y socialización. Más bien, debemos concebir la escuela como una especie de medio puro. La escuela es un medio sin un fin y un vehículo sin un destino determinado (Pennac, 2010).

Veamos este ejemplo que me parece genial y tratemos de adecuarlo a nuestra realidad en nuestro ámbito educativo:

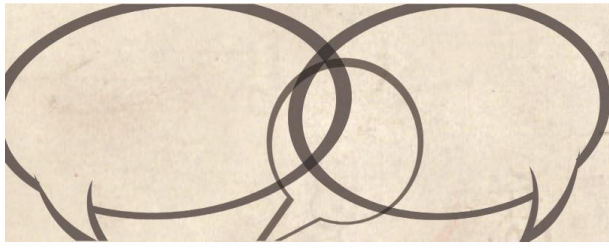
*Imaginemos un nadador que intenta cruzar un ancho río (Serres, 1997). Parece que nada simplemente de un margen al otro (es decir, de la tierra de la ignorancia a la tierra del conocimiento). Pero esto significaría que el propio río no tiene ningún sentido, que sería una especie de medio sin densidad, un lugar vacío, como volar por el aire. Eventualmente, es claro que el nadador llegará a la orilla opuesta, pero lo más importante es el espacio entre los márgenes (el medio, un lugar que incluye todas las direcciones). Este tipo de espacio “del medio” no tiene orientación o destino, pero hace que sean posibles todos los destinos y todas las orientaciones. Quizás la escuela sea otra palabra para este espacio del medio donde los profesores llevan a los jóvenes hacia el presente (Simons y Masschelein, 2014).*

En una cara de la moneda, tal como hemos visto, hay una suspensión, un volver algo inoperante; una liberación. Pero hay otra cara: la escuela como tiempo presente y como espacio intermedio, un lugar y un tiempo para las posibilidades y para la libertad. Una *profanación* (concepto introducido por Agamben (2007) en el campo filosófico pero que bien puede aplicarse a lo educativo: Lo profano es todo aquello, en sentido general (no religioso), que ha sido expropiado o, en otras palabras, algo que se ha tornado público. Por la profanación, el conocimiento, por ejemplo, pero también las destrezas que cumplen una función particular en la sociedad, se liberan y se ponen a disposición de todos para su uso público. Una muy buena forma de explicarle a alguno el valor de lo público en educación.

Hoy, la escuela, en una crisis sin precedentes, señala responsables de su fracaso a quienes no son responsables de la ideología que la domesticó, pero sí son los “instaladores” de una nueva ideología que habría que evaluar y analizar en términos de logros/beneficios.

Pero mientras tanto, nada pasa por la escuela y todo pasa por el mundo, ese lugar para el cual la escuela dice que prepara.

Y nosotros... ¿qué hacemos? Sabemos de esta situación y... ¿qué hacemos? Pretendemos cambiar algo o, simplemente maquillamos para que lo que es ostensible no lo parezca tanto? Lo pongo en términos de pregunta porque, estimo, de eso se trata el acceder al conocimiento. Preguntarse. Si no



# ATENEO DE COMUNICADORES 2017

tenemos nada que preguntarnos; si no existe una pequeña curiosidad, ni el aprendizaje ni la investigación son posibles. Seguiremos respondiendo a preguntas que nunca nos hicimos y, creo, tampoco se hicieron quienes nos “enseñaron”. Memorizamos y repetimos respuestas a preguntas que otros, y no nosotros, se hicieron. Esto que planteo no es para nada original toda vez que ya hace bastante tiempo Paulo Freire planteó y desarrolló la Pedagogía de la pregunta.

Si no hay preguntas; si no nos preguntamos nada; si no dudamos; si no expresamos nuestras dudas; lo primero que sucederá es que “naturalizaremos” todo, aceptaremos todo e, incluso, mistificaremos todo y seremos los nuevos pontificadores de una respuesta que no nos pertenece.

Mi pretensión en este seminario es, a partir de una palabra, intentar mostrar una posible forma de construir el conocimiento; hacerlo “nuestro” (también con el sentido de ser “nuestro conocimiento”). Mi intención es invitar a que nos hagamos nuevas preguntas sobre respuestas que ya se naturalizaron. Nuestra misión, desde este punto de vista, tanto en el rol docente como en el de alumno, es desnaturalizar; plantear (¿plantar?) la duda.

No se trata de empezar de cero porque ya tenemos un recorrido, una “posición” respecto del mundo y una “visión” de él. Hemos sido permeados, obviamente, por todas las instituciones a las que hice referencia al comienzo. Pero aun así, todavía podemos salirnos; mirar desde afuera, y luego, si nos parece, volver al lugar del que salimos (aunque creo que eso jamás sucede).

“Desnaturalizar”, “desnormalizar”, “subvertir”, dirían en épocas infelices (otras) de este país, porque se intentaba pensar de una manera diferente a la instituida (Instituido/instituyente). Si no somos capaces de revisar lo que “se nos da/se nos impone”, difícilmente seremos los profesionales que con la educación vamos a cambiar el mundo. Claro que, a lo mejor, no queremos cambiar nada y estamos bien de este modo.

El próximo año se conmemorarán los 100 años de la llamada Reforma universitaria del 18 que se adelantó en 50 años al mayo francés. Los estudiantes reclamaban el cambio del sistema imperante en la Universidad de Córdoba, la universidad más antigua del país. En su manifiesto hay una frase que, con el paso del tiempo se ha convertido en una bandera y un compromiso: “Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que nos quedan son las libertades que faltan”,

En el llamado Mayo francés del 68 se escuchaban estas frases entre muchas otras: “Cambiar el mundo, cambiar las cosas”; “El hombre nuevo”; “La imaginación al poder”; “Tomen sus deseos por realidad”; “Olvídense de todo lo que han aprendido. Comiencen a soñar”; “Seamos realistas, pidamos lo imposible”. La burguesía francesa la llamó “una revuelta estudiantil utópica”.

Justamente, de la utopía se trata.

Carlos Eduardo Fager



## BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio: *Profanations*. New York: Zone Books. (trad. Cast.: *Profanaciones*. Barcelona: Anagrama 2005).

Foucault, Michel (2001): *L'hermeneutique du sujet*. Paris: Gallimard. (trad. Cast.: *La hermenéutica del sujeto*. Madrid: Akal, 2005).

Pennac, Daniel: *School Blues*. London: MacLehose Press. (trad. Cast.: *Mal de escuela*. Barcelona, Mondadori, (2008).

Rancière, Jacques: *El maestro ignorante*. Barcelona: Laertes, 2009.

Rancière, Jacques: *El odio a la democracia*. Madrid: Amorrortu, 2006.

Serres, Michel (1997): *The troubadour of knowledge (El trovador del conocimiento)*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.

Simons, Maarten y Masschelein, Jan: *In defense of School*. (trad. Cast.: *Defensa de la escuela. Una cuestión pública*. Miño y Dávila, 2015).